

Letras Hispanas

Volume 13

TITLE: Juegos de seducción: la patria y la invención de la nación en la poesía romántica mexicana

AUTHOR: Perla Ábrego

EMAIL: abrego_p@utpb.edu

AFFILIATION: The University of Texas of the Permian Basin; Literature and Languages Department; 4901 E. University; Odessa, TX 79762

ABSTRACT: Poetry produced in Mexico during the Independence movement reflected and shaped a sense of homeland and patriotic effusion. The conception of homeland revealed in literature partakes in the creation of a domestic sentiment in order to sculpt the national project envisioned by the romantic poets. The sense that these authors convey to terms such as homeland and nation as poetics effects had the intention to seduce the very few literate Mexicans. My article analyzes the seductive play of language and imagery through which Romantic poetry in Mexico praised the historical past and its oral poetic traditions; even though poets generally imitated the European model.

KEYWORDS: Poetry, Romanticism, Nacionalism, Mexico, Mexican Independence

RESUMEN: La poesía mexicana del periodo independentista reflejó y dio forma a una noción de patria. Esta nueva concepción de patria participa en la creación de un sentimiento nacionalista que sustenta el proyecto de nación imaginado por los poetas románticos. El sentido que estos autores le dieron a términos como patria y nación como recursos poéticos tenía la intención de seducir a la poca población letrada. El presente ensayo examina estos juegos de seducción de lenguaje e imaginería a través de los cuales los poetas románticos exaltaron y revaloraron la tradición indígena como la base de la nación mexicana; a pesar de que siguieron el modelo romántico europeo en la escritura de sus obras.

PALABRAS CLAVE: poesía, romanticismo, nacionalismo, patria, independencia, México

DATE RECEIVED: 11/04/2016

DATE PUBLISHED: 10/25/2017

BIOGRAPHY: Perla Ábrego is an Assistant Professor of Spanish at the University of Texas of the Permian Basin where she coordinates the undergraduate program. She received her Ph.D. in Spanish from Vanderbilt University in 2011. Her research interests include border literature and theory, contemporary Latin American literature and film, and Mexican literature and poetry.

Juegos de seducción: la patria y la invención de la nación en la poesía romántica mexicana

Perla Ábrego, University of Texas of the Permian Basin

Durante la época de independencia mexicana, la literatura en todos sus géneros fue uno de los principales instrumentos para expresar el afán de crear una nueva identidad que correspondiera con la nación que se construía por medio de la lucha armada e intelectual. La poesía de la época, que seguía el modelo europeo, dio amplias muestras de esta aspiración. Los poetas se dedicaron al cultivo de la historia contemporánea fundando sus bases en la recuperación y revaloración del pasado histórico indígena, la conquista y la colonia. Aquellos aspectos recobrados del pasado constituirían, según darán a entender los poetas en sus obras, los cimientos que sostendrán el proyecto de nación que intelectuales, políticos y literatos de la primera mitad del siglo XIX desarrollaron con gran entusiasmo. Para sustentar esta propuesta, los pensadores mexicanos se dieron a la tarea de definir en sus obras conceptos como nación y patria. Surgieron a partir de entonces diversas acepciones, muchas de ellas todavía en boga, sobre el nacionalismo, la nacionalidad y la mexicanidad, todas ellas concernientes al pasado histórico y sus tradiciones. Podía observarse también en estos discursos un tono marcadamente patriótico que exaltaba todo elemento afectivo o emotivo que representara a la tierra natal. Al incluirse el elemento afectivo, la poesía de la época era tremendamente seductora, en el sentido de que se proponía embargar o cautivar el ánimo de los lectores (muy pocos, por cierto) para despertar en ellos la emoción y la pasión por la patria.

La patria, vista como un espacio de transición entre la tierra recién libertada y la nación libre y soberana que concebían los pensadores y literatos, se convertiría en la base principal de una literatura y una historia mexicanas. El propósito de este trabajo es analizar de qué manera el espacio de la patria participa en la afirmación de un sentimiento y de una literatura nacional y, por lo tanto, en la estructuración del proyecto de nación imaginado por los poetas románticos. Como primer paso, contextualizaré el espacio de la patria en las circunstancias políticas, sociales, culturales y literarias de ese periodo para demostrar que los poetas necesitaban tal espacio para la formación, reafirmación y autoafirmación de una identidad propia que diera paso a una conciencia de nación. En seguida, se mostrará y analizará en algunas obras de los principales poetas de la época la manera en que se utilizaban los términos patria y nación como recursos poéticos con la finalidad de, en primera instancia, seducir y maravillar al lector. A lo largo de esta investigación se puntualiza en qué consistía dicho proyecto y si éste era viable y contemplaba la posibilidad de que los poetas pudieran concretar tal aspiración a través de sus obras.

Debido a las circunstancias socioeconómicas que azotaron al país durante y después de la lucha de independencia, la idea de nación era más espiritual, simbólica y metafórica que política. Con respecto a expresiones tales como nación, lo nacional o nacionalismo, Eric J. Hobsbawm apunta que, en

un inicio, el nacionalismo fue una expresión cultural, folclórica y literaria, carente de implicaciones políticas y de articulación como movimiento de masas (20). Esta idea coincide con la percepción de Homi K. Bhabha sobre la nación, la cual emerge principalmente como una poderosa idea histórica:

[...] an idea whose cultural compulsion lies in the impossible unity of the nation as a symbolic force. This is not to deny the attempt by nationalist discourses persistently to produce the idea of the nation as a continuous narrative of national progress, the narcissism of self-generation. (1)

Por lo tanto, la literatura y la poesía, consideradas entonces como discursos nacionalistas, apoyaban un proyecto de nación cimentando y conformando una literatura nacional más que un ideal político.

El sentimiento patriótico que se manifestó en la poesía glorificaba tanto el pasado histórico como las costumbres y tradiciones de él heredadas. También distinguía y mostraba la belleza de la lengua del pueblo y del paisaje y enaltecía las hazañas de los héroes indígenas y europeos. Los poetas optaron a la vez, en la escritura de sus obras, por una “mexicanización” y por una “desespañolización” de las letras que durante la colonia habían tenido muy poco desarrollo (Schneider 78). Esta característica de las letras, entre otras, obligan:

al romántico a plantearse la necesidad de una literatura propia, a discutir al mismo tiempo los factores que indicarían su originalidad así como los impedimentos que surgieran y pudieran darse en el desarrollo. (78)

Además de los tópicos nacionales que se reflejaban en la poesía, los poetas también echaron mano de otros recursos literarios que expresaran acertadamente esta pasión por la patria y favorecieran el juego de la seducción. Los poetas consideraban que:

era necesario fundar el sentimiento, los símbolos y la imagen colectiva de la nacionalidad, y a ello dedicaron sus mejores esfuerzos como escritores, aprovechando las posibilidades que les brindaban al respecto los modelos románticos en cuanto a los temas históricos y la fijación de tipos populares. (Montero Sánchez 27)

Y en efecto, la influencia romántica, paradójicamente llegada de Europa, dotó a la poesía de elementos que resaltaron los rasgos que marcaban una distinción entre la poesía española y la propiamente ‘nacional’ mexicana; es decir, los rasgos patrióticos.

El romanticismo que se iniciaba en México fue “una incontestable realidad literaria como tendencia lírica y subjetiva” (González Peña 219). La primera promoción de poetas mexicanos se aprovechó de las características de este movimiento para impugnar la realidad política a través de sus escritos. Así, se buscaron ambientes y espacios para desarrollar aspiraciones políticas y literarias bajo los preceptos románticos. La Academia de Letrán fue la agrupación más reconocida de la época, en ella

se reunieron los más destacados autores del momento, quienes se identificaron con el romanticismo y crearon poesía, cuento, novela, teatro con la finalidad de incrementar los valores nacionales a través de expresión propia y auténtica en la que cuajaran las tradiciones humanitarias. (Oseguera 41)

Entre los miembros más sobresalientes de este grupo podemos citar a Guillermo Prieto, Andrés Quintana Roo, José Joaquín Pesado, Justo Gómez de la Cortina, Ignacio Ramírez, Ignacio Rodríguez Galván, José María Lafra-gua y Eduardo de Gorostiza. La Academia así como otros espacios de reunión dieron fe del progreso literario en un escenario político específico, mismo que influyó en ideas, formas y estilos en la producción de las obras de sus miembros, muchos de ellos jóvenes prominentes literatos y políticos.

Según Ramón Kuri Camacho en su estudio sobre la cultura católica e identidad nacional, el romanticismo fue incapaz de expresar con firmeza los rasgos de identidad y conciencia nacional que hiciesen posible un proyecto de nación (16). Sin embargo, los poetas románticos mexicanos, muchos de ellos políticos que conocían bien el estado de la patria durante y después de la lucha armada, sí desarrollaron en sus obras una identidad y una conciencia nacional. Por supuesto, este desarrollo fue paulatino pues aún después de declarada la independencia, la patria seguía dividida y aproximadamente la mitad de la población letrada profesaba la ideología conservadora. De hecho, en la primera época de la Academia de Letrán, pocos fueron los cantos dedicados a la patria pues sus jóvenes miembros, dice Ignacio Manuel Altamirano, tuvieron que calmar sus impulsos:

intimidados tal vez por la presencia y el ceño terrible de los maestros de aquella cátedra literaria, [...] que juzgaban como una blasfemia el que se ofendiera [...] a la España que nos había tiranizado por tres siglos, a los virreyes que habían derramado a torrentes la sangre mexicana, y al clero que había excomulgado a los caudillos de 1810. (“Literatura nacional” 257)

Poco a poco se fueron templando los ánimos y los miembros de la institución se dieron cuenta de que la pugna política no podía ser llevada al terreno literario pues ambos bandos, conservadores y liberales, compartían un objetivo común con respecto al establecimiento de una literatura e historia nacionales.

El concepto de patria tal como lo conocemos en la actualidad y según define la Real Academia, representa la tierra natal o adoptiva a la que se siente ligado el ser humano por vínculos jurídicos, históricos y afectivos. En México durante el siglo XIX, la patria tenía diferentes significados pues aún después de haberse firmado el acta de independencia convivían en ella distintas comunidades y

grupos sociales. El territorio mexicano era, entonces, una patria para los españoles, otra para los criollos, otra para los mestizos y una patria de leyes arbitrarias para los pueblos indígenas. La patria mexicana era un territorio construido sobre ruinas, ganada en una guerra injusta y gobernada bajo estatutos autoritarios y despóticos; pero a la vez tenía significaciones afectivas para todas estas comunidades pues simbolizaba la cuna, el origen, la pertenencia y el hogar. Esta característica emotiva fue la que los poetas explotaron y usaron como arma de seducción dando lugar a que la patria se convirtiera en un espacio de confluencia donde lo afectivo servía como punto de contacto y partida.

Como ya hemos dicho, el concepto de patria tenía más un carácter literario, lírico y afectivo que político o jurídico. Desde este punto de vista y relacionándola con la definición de la Real Academia, la noción de patria llevaba implícita la idea de lo materno. En la literatura, los poetas le agregaron un fuerte sentido político al asociarla con la eventual nación imaginada, lo cual permitió que la patria fungiera como un espacio de transición. La nación anhelada que se encontraba al final de este periodo transitorio era a la vez incierta, pues bajo la luz de los problemas políticos y sociales que asolaban al país esta aspiración no alcanzaba a vislumbrarse tal como se estaba planeando. Veamos una idea de patria en el poema “A la muerte” de Ignacio Rodríguez Galván.

En mi patria no viera
sangre correr por la ciudad y llanos,
y que entre rabia fiera
hermanos con hermanos
hasta hundirse el puñal pugnan insanos.
No viera la perfidia
de nación, que risueña nos abraza,
y bramando de envidia
luego nos amenaza
y en su mente infernal nos despedaza.
(En Pacheco, *Poesía mexicana* 181)¹

Se nota en los versos una separación temporal entre patria y nación. En el fragmento se

alude al pasado, al presente y al futuro de la patria que simboliza lo contemporáneo. Con la figuración que el poeta establece a través del uso del subjuntivo en el primer verso, se expresa una negación de hechos pasados, seguramente coloniales, en el intento de configurar un nuevo espacio independiente que se vea reflejado en la patria de ese presente. El subjuntivo de la segunda estrofa expresa, en cambio, una incertidumbre de llegar a ese futuro o al estado de nación, que se percibe poco alentador. Se pretende hacer de la patria, en este poema, un espacio de comodidad y prosperidad donde se tenga el tiempo de madurar como tal, donde se asimilen los dramáticos cambios sociales y se consolide la recién adquirida soberanía. De esta manera, en el terreno de lo cultural y literario, los poetas abogan por la construcción de lo nacional dentro de ese espacio que la patria ofrece. El primer paso fue construir una historia con base en el pasado histórico (del territorio) para hacer una distinción de aquél que fue heredado por España.

La seducción, dice Jean Baudrillard, “nunca es el orden de la naturaleza, sino del artificio; nunca del orden de la energía, sino del signo y del ritual” (10). La seducción, continúa el crítico, busca el exorcismo de un poder, aunque también es reversible (84). En algunos poemas se entiende que la mejor manera de exorcizar un poder es mostrando las crueldades a las que el pueblo fue sometido por los invasores en la conquista. Dice Ignacio Ramírez en su poema “Por los desgraciados:”

Debemos de morir temprano o tarde,
y entretanto es placer, es una gloria,
de un alma desdeñosa hacer alarde.
Por eso el pueblo es digno de la historia.
Yo lo he visto sangriento y derrotado
entregarse al festín de la victoria.
(10-15, 208)

A veces, la muerte es un elemento importante en la seducción, en el sentido de inmolar el deseo de otro (Baudrillard 84). La patria, según se observa en el fragmento, merecía

su propia historia para continuar su camino hacia la nación autónoma en recompensa por los daños sufridos en manos del dominador, cuyo deseo se basaba en un sentimiento de apropiación. En el juego de seducción de Ramírez, en la primera estrofa, hay un exorcismo del poder del dominador europeo; pues mientras se hace alarde de sus hazañas también se le desdénia como tirano.

A pesar del compromiso liberal de la mayor parte de los poetas de la Academia, no deja de notarse, como se observa en los fragmentos anteriores de Rodríguez Galván y de Ramírez, la referencia afectiva al término patria la cual “coexiste con un concepto de máxima ideologización al respecto” (Montero Sánchez 29). Tal ideologización se desarrolla dentro del ámbito cultural. Sin empuñar la lira de la patria, dice Altamirano,

la poesía en México adolecerá como hasta aquí de raquitismo, y no servirá, como en otras naciones, para crear el carácter nacional, para ser la precursora, para alentar la vitalidad de la nación, y para salvarla del abatimiento y de la muerte. (“Literatura nacional” 278-79)

En la poesía romántica mexicana, que contenía la afición por la patria y la incierta pretensión por desarrollar un proyecto de nación, se resaltaba el carácter de lo nacional y se recuperaban antiguas tradiciones para enmarcar la poesía patriótica, o lo que parecía una especie de simbiosis entre poesía y patria, sobre los preceptos románticos.² “La historia patria era un tema predilecto y esencial entre los románticos” (Schneider 95). Éstos buscaron inspiración en las hazañas de los pueblos indígenas, en las guerras de conquista y en la época colonial con el propósito de enaltecer ese pasado, organizar el presente y vislumbrar el futuro del pueblo de México como una nación. Así, los poetas cimentaron la nación imaginada en la creación de una conciencia de mestizaje y no propagando el ideal o la conciencia europea. Se despertaba también una conciencia cívica

con el empleo de elementos prehispánicos como recursos poéticos los cuales servían para rendir culto a los héroes que habían instituido en su tiempo una patria sólida a la que habían protegido con su vida. Se aludía también en la poesía a aquellos héroes de la conquista y de la colonia quienes de alguna manera habían ayudado a la conformación de la patria del siglo XIX. Fue para los poetas, explica Altamirano, “un deber sagrado el de consagrar sus primeros cantos a los númenes protectores de la América, la patria y la libertad” (“Literatura nacional” 240). El mismo Rodríguez Galván dedicó uno de sus poemas, “Profecía de Guatimoc,” a uno de estos héroes protectores de la patria y del sentimiento que ésta inspira. Podemos considerar tanto a héroes como tradiciones del pasado histórico que se retoman en la poesía romántica, como “un conjunto de imágenes y representaciones que permitiera a México y los mexicanos definirse y asumirse como entidades históricas y culturales vivas y autónomas” (Bobadilla Encinas 2). Es decir, el tema de la identidad nacional estaba implícito en este culto a la patria y en el proyecto de nación. En otras palabras, no se podía llegar a este estado sin definir las características del “ser mexicano.”

El estado nacional deseado por los poetas en el espacio de la patria se relaciona con la idea de nación que propone Benedict Anderson en *Comunidades Imaginadas*, es decir, es una comunidad política que se imagina como inherentemente limitada y soberana (6). La futura nación podrá ser definida como tal sólo porque será regida por el mismo gobierno, los habitantes tendrán un mismo origen, compartirán una misma lengua y participarán de una misma tradición; pero, inevitablemente, habrá ciertas limitaciones. La nación, dice Anderson, no es tanto una ideología política autoconsciente como un sistema cultural estrechamente relacionado con aquellos sistemas culturales a los que sucedió; es decir, es un estado consecutivo del pasado, pero nunca igual a él. Por eso se retoma el pasado indígena y colonial y

se intenta su resemantización en el espacio que ocupa la patria para que pueda haber una transición coherente entre ésta y la nación imaginada. El ideal imaginado de nación de los poetas románticos es una fuerza simbólica que emerge de este pensamiento histórico, lo cual concuerda con la idea de Bhabha. La seducción que incita la poesía romántica es esencial a esta fuerza simbólica porque permite “hacer y deshacer las apariencias” (Baudrillard 85). En el juego de la seducción, gobierna tanto la apariencia como el dominio de las apariencias.

En su “Profecía de Guatimoc,” Rodríguez Galván realiza, a través de la memoria individual de la voz poética, de tono romántico al principio, una recuperación de la memoria histórica trayendo a la vida la figura del héroe Cuauhtémoc. Considera Bobadilla Encinas que el poema

es indicador de la maduración del proceso de mexicanización de la literatura que emprendió la Academia de Letrán [...], el mismo proceso que debe entenderse no sólo como el tratamiento de temas nacionales, sino como la búsqueda de una expresión discursiva propia. (4)

El proceso de mexicanización en la poesía romántica es también una estrategia de seducción. Es un artificio que visto desde la realidad puede resultar ingenuo, pero en la poesía se explota al máximo. En la primera parte del poema notamos una voz poética romántica. En los versos iniciales advertimos una emoción nostálgica, melancólica, de cierta tendencia a la soledad; es decir, el poeta se siente en la total libertad de expresar sus aflicciones y sus desencantos: “Nada en el mundo, / Nada encontré que el tedio y el disgusto / de vivir arrancara de mi pecho” (166, 34-36). La voz poética que se muestra decepcionada de la vida y desilusionada del amor, encuentra de pronto en el paisaje que le rodea una presencia de su pasado indígena e invoca la asistencia de Cuauhtémoc en busca de respuestas que puedan explicar su

presencia en ese tiempo y en ese espacio: estrategia de seducción.

Vuelve, vuelve a la vida,
empuña luego la robusta lanza,
de polo a polo sonará tu nombre,
temblarán a tu voz caducos reyes,
el cuello rendirán a tu pujanza,
serán para ellos tus mandatos, leyes [...].
(170, 156-61)

El uso del futuro en la estrofa anterior subraya la posibilidad de trasladar y renovar ciertos preceptos prehispánicos para asimilarlos en el espacio de la patria y, posteriormente, aplicarlos al proyecto nacional. Las imprecaciones que se expresan en estos versos implican un rechazo por la época de dominación y la etapa colonial, la frase “caducos reyes” declara la negación por recuperar todo aquel aspecto político y social que haya tenido su origen en Europa. En esta transición, la voz poética dibuja una línea que se inicia a partir del autoconocimiento o autocomprensión de su propio ser, como poeta, romántico, mexicano, político e intelectual. La línea continúa su curso cuando la voz lírica emprende una comunicación con el pasado que ha conformado su ser y entabla un diálogo con quien ésta considera el mejor representante de ese pasado:

Rey del Anáhuac,
noble varón, Guatimocztin valiente,
indigno soy de que tu voz me halague,
indigno soy de contemplar tu frente.
Huye de mí. —“No tal,” él me responde,
y su voz parecía
que del sepulcro lóbrego salía.
(169, 138-43)

Poco a poco la voz poética le da cabida a la voz histórica que Cuauhtémoc personifica. En la estrofa anterior la voz histórica es apenas la receptora de la proclama del poeta, a partir de aquí y a través de la agencia que éste le otorga, Cuauhtémoc referirá la mayor parte del resto del discurso con su

propia voz y aludirá a su historia ensalzando hazañas y lamentando hechos de su tiempo:

Ya a mi siglo pasó: del mar de oriente
nueva familia de distinto idioma,
de distintas costumbres y semblantes,
en hora de dolor al puerto asoma;
y asolando mi reino, nuevo reino
sobre sus ruinas miserables levanta [...].
(170, 174-79)

Estos acontecimientos, entiende el poeta, fundaron lo que en su siglo era una patria en vías de desarrollo y a la cual se le aprecia y se le exalta como un espacio de confluencia y de transición. La voz histórica, que representa un ser de su tiempo, se transforma en voz patriótica que reconoce la importancia de estos hechos para el presente y el futuro de su patria. Retoma también sucesos del pasado para vaticinar la conformación de la actual patria del poeta para establecer sobre estas bases el ideal de nación:

Temblad, estremeceos,
¡oh reyes europeos!
Basta de tanto escandaloso crimen.
Ya los cetros en ascuas se convierten,
los tronos en hogueras,
y las coronas en serpientes fieras
que rencorosas vuestro cuello oprimen.
(175, 340-46)

No obstante, la nación se percibe incierta, dudosa, inconstante, oculta: “Piensa en ti, en tu nación, más lo infinito / o será manifiesto / a los ojos del hombre: así está escrito” (171, 196-98). La línea que sigue el poema, después del diálogo entre el poeta y su pasado y la confrontación con la incertidumbre de su futuro, atraviesa por un estado de tensión y de duda de la voz lírica en relación con su entorno: “¿Fue sueño o realidad? Pregunta vana [...] / Sueño sería, que profundo sueño / es la voraz pasión que me consume [...]” (178, 430-33) Este estado de tensión no participa en la consolidación de un ideal de nación debido a las dudas y agitaciones tanto del poeta como las

sociales y políticas de la época. Pero sí logra el poeta del siglo XIX, a través de sus obras, echar los cimientos de una literatura nacional a través de la recuperación de la memoria histórica creando un imaginario común que dé paso a una identidad (proponiendo a Cuauhtémoc como modelo, en el caso de Rodríguez Galván) y conciencia nacional.

Dice Roberto Mendoza-Farías que, en este poema, Rodríguez Galván,

parece de nuevo incorporar de manera sincrética el rito católico y el pasado indígena en una identidad nacional mexicana, inaugurando de paso el discurso nacionalista mexicano decimonónico. (51)

La religión es un ejemplo de la seducción de masas. La religión elimina dialécticas entre dominadores y oprimidos. La seducción por medio de la religión es un valor de cambio y “sirve para la circulación de intercambios, para la lubricación de relaciones sociales” (Baudrillard 168). La figura de Cuauhtémoc, mística e íntima en el lugar de la patria y, por consiguiente, como una poderosa arma de seducción, “asegura un equilibrio simbólico entre los dioses y los hombres” (169). El poeta ya ha sucumbido ante esa seducción de la figura mítica y con su poema pretende crear el mismo efecto sobre los lectores, hombres de la patria. Así se asegura una afinidad o una continuidad entre el misticismo y la identidad mexicana que surge de la nación en construcción.

Como vemos, muchos elementos se conjugan en la elaboración del discurso nacional, sobre todo en la poesía, a través del cual se aspiraba a un estado de nación, que, un poco antes de la mitad del siglo, se presentaba, en palabras de Carlos Monsiváis, “como una estrategia de elección de Espíritu, tributo a la geografía y la historia” (380). La identidad, la conciencia, la literatura y la historia nacional que se encontraban en vías de constituirse, debían de, en el proyecto de nación, definirse a través de los discursos nacionalistas y, después, reafirmarse en el imaginario social y cultural. En este

trayecto, por lo tanto, el concepto de nación asociado al estado nacional imaginado por poetas e intelectuales, evolucionó según las circunstancias políticas. Mendoza-Farías afirma que en este momento la concepción de nación se asociaba con la formación del Estado y por consiguiente con una ideología (46). Es decir, gracias a las relaciones entre individuos y comunidades que se establecieron en el espacio que la patria ofrecía, se consolidó una idea de solidaridad y unión que, arguye Mendoza-Farías, “no es otra que el estado-nación” (46). Con este hecho se impulsó un movimiento nacional que se puede llamar así, dice Altamirano, por la aceptación y no por los medios, pues

ya se deja comprender que la vida del nuevo pueblo iba a quedar expuesta a terribles vaivenes, a conmociones más radicales por la contraposición de los intereses que encerraba en su seno. (“Historia y política” 23)

El ideal de nación sigue causando confusiones en este sentido, por un lado se inicia un movimiento nacional social y, por otro, este movimiento no anuncia el cambio imaginado.

Lo rescatable de esta etapa es que se había logrado crear un espacio de transición en la patria donde se habían conjugado ya el pasado histórico y el presente, el país se consolidaba y abogaba un tiempo y un espacio independientes mismos que propiciaron el movimiento nacional. En otro poema de Rodríguez Galván, “Adiós, oh patria mía:”

¡En México! [...].
¡Oh memoria! [...].
¿Cuándo tu rico suelo
y a tu azulado cielo
veré, triste cantor?
Sin ti, cólera y tedio
me causa la alegría. (184, 49-54)

El poeta llama a su patria México y sublima la memoria que, gracias a la recuperación de lo histórico, la estableció como tal. Hay un reconocimiento y una apropiación de la patria

y lo que ésta representa. Podemos decir que el poeta llega a sentir cierta satisfacción del estado de la patria en ese momento específico, a pesar de que el futuro no se vislumbra como se desea.

El tiempo avanza, la patria de nuevo se ve afectada por luchas, invasiones extranjeras, problemas políticos, el proyecto de nación se retrasa y sufre cierto retroceso. Diez o quince años después de la mitad del siglo, el imperio europeo de nuevo amenaza la soberanía mexicana. Llega Maximiliano y se instauran nuevas leyes en contra de los rebeldes y caudillos. La inestabilidad de nuevo azota al país. Los mismos conservadores se oponían a la nueva forma de gobierno. Los poetas de este momento del siglo “para quienes la patria era México, y la nacionalidad la República independiente de todo yugo extranjero,” dice Altamirano, veían desaparecer sus intenciones, esfumarse sus discursos, disiparse los cimientos de su nación imaginada, con gran nostalgia y desencanto (“Literatura nacional” 274). La patria y su poesía sufre una caída, pero los poetas de la primera generación que aún viven y escriben no han perdido la fe por ese tan anhelado proyecto y lo heredan a la nueva generación. Dice Guillermo Prieto en su poema “Al mar:”

Pero humillado no; y en mi fiera
a ti tendiendo las convulsas manos,
sintiendo en ti de mi alma la grandeza
y ahogando mi tormento,
de pido a Dios la paz de mis hermanos;
y renuevo mi augusto juramento
de mi odio a la traición y a los tiranos.
(196, 161-67)

Los poetas que aún sobreviven de la primera generación, quienes se habían proclamado como forjadores de la identidad y de la conciencia nacional, están a punto de rendirse. La enfermedad ha terminado con muchos de ellos, el exilio les ha cerrado el acceso a la patria y ahora empiezan a sentirla extraña e indiferente.

La siguiente ola romántica, la de la segunda mitad del siglo, tiene la difícil tarea de recuperar el terreno perdido, de consolidar

las proclamas nacionales de sus antecesores. Poetas como el mismo Altamirano y Ramírez, Manuel M. Flores, Manuel Acuña y Justo Sierra, entre otros, ponen todo su empeño en continuar el ideal de sus maestros. Tarea nada fácil, la nueva generación de poetas se da cuenta de que su historia nacional aún carecía de una verdadera tradición. A pesar de que en la poesía anterior sus colegas habían iniciado este proceso rescatando elementos del paisaje y del pasado histórico, las bases parecían ser muy recientes o, como dice Schneider, “demasiado familiares” (97). Gracias a las raíces que los primeros poetas habían echado para la creación de una literatura nacional, los nuevos, guiados por un impulso de reconstrucción, buscaron otros símbolos que representaran el nacionalismo, empezaron a dedicar sus cantos a la bandera y otros elementos nacionalistas.

Poco a poco el entusiasmo de los poetas de la nueva generación por seguir la línea patriótica de sus antepasados fue decayendo al ver que el efecto nacionalista que se pretendía reflejar “comenzaba a volverse pintoresquismo y color local” (Martínez 1062). El desencanto por la patria sigue haciendo mella en los poetas, sus ánimos románticos no pueden soportar ver a su patria y a sus ideales abatidos por las vilezas a las que son sometidos. Expresa Altamirano en su poema “A las orillas del mar:”

¡Oh! yo te adoro patria desdichada
y con tu suerte venturosa sueño,
me destrozan el alma tus dolores
tu santa indignación mi pecho sufre.
Ya en tu defensa levanté mi acento
tu atroz ultraje acrecentó mis odios,
hoy mis promesas sellaré con sangre
que en tus altares consagré mi vida.
El triunfo aguarda, el porvenir sonrío,
pueda el destino favorable luego,
dar a tus hijos que combaten bravos
menos errores y mayor ventura,
pero si quiere la enemiga suerte
de nuevo hacer que encadenada llores
antes que verte en servidumbre horrenda
pueda yo sucumbir, oh patria mía.
("Obras completas" 130, 152-67)

Se expresa en la primera estrofa la tristeza de ver quebrantado el espacio de la patria, se vislumbra sin embargo, una luz de fe en el proyecto que debía llevar a la patria a un estado más estable y completamente autónomo. Pero el poeta tiene dudas y prefiere rendirse antes de ver perdido por completo su plan. A pesar del pesimismo de los últimos versos, aún se nota el lazo afectivo que une al poeta con su patria en las frases “yo te adoro” y “oh patria mía.” No existe en estos versos, por el contrario, el elemento del pasado histórico que conlleva la exaltación de la patria. Admiten los poetas que sobreviven de la primera generación que el pasado nacional ha sido instituido sobre esta base y la poesía patriótica de la época parece respaldar esa premisa.

No obstante, el futuro es desalentador y, en efecto, el poeta sucumbe ante esta incertidumbre no sólo ante la nación sino ante la poesía misma. El poeta se cuestiona su trabajo, busca respuestas para enfrentar el desencanto, intenta dialogar con los otros, para éste la patria ya no parece ser un lugar de confluencia y de convergencia. El poeta cuestiona su presencia en la nueva nación que alcanza su punto de inicio y la cual no es la misma que antes se anheló y se buscó, su decepción aumenta y se da cuenta de su imposibilidad de adaptación.

—Las doce [...], ¡adiós [...]! Es fuerza que me vaya
y que te diga adiós [...].
tu lámpara está ya por extinguirse,
y es necesario.

—Aún no.

—Las sombras son traidores, y no quiero
Que al asomar el sol,
Se detengan sus rayos a la entrada
De nuestro corazón [...].

—Y ¿qué importan las sombras cuando entre ellas
Queda velando Dios?

—¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras
Al lado del amor?

—Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?
—¡Y mi alma!

—¡Adiós! [...].

—¡Adiós! [...]. (268, 60-76)

El poeta que escribió los anteriores versos, Manuel Acuña, se suicidó, como muchos otros de su tiempo, a los veinticuatro años antes de encontrar las respuestas en la misma poesía a todas sus inquietudes y amarguras. En su diálogo con el otro que entabla en el fragmento de “Hojas secas,” así como en el resto del poema, Acuña “supo recoger todas las circunstancias espirituales que tejieron la trama de su tiempo:” la duda, la incertidumbre, el enfrentamiento a una patria distinta, a su propio yo romántico (Pacheco 258).

La importancia de la patria como espacio de transición se hallaba estrechamente ligada con el ideal de nación que se llevaba a cabo dentro del romanticismo mexicano. Podemos concluir entonces que aquellos elementos que en la poesía evocan a la patria, participan más en la creación de un discurso nacionalista que de un proyecto político de nación que, al menos en este periodo, no pudo concretarse. A pesar de esto, el ideal de nación de los poetas reflejado en sus obras, que más que un ideal es también un sistema de significación cultural, una forma poética y narrativa y un objeto de deseo, propició la instauración de la historia y de la literatura de carácter propiamente nacional, creando o fundando las bases de una identidad mexicana. En este sentido y en la poesía como espacio literario y político, el ideal imaginado de nación como arma de seducción y atracción vio rendir sus frutos sin que sus creadores pudieran ellos mismos dejarse seducir por ellos.

Notas

¹Las referencias a los poemas “Profecía de Guatimoc,” “A la muerte,” “Por los desgraciados,” “Adiós, oh patria mía,” “Al mar” y “Hojas secas,” han sido tomadas del texto de José Emilio Pacheco, *La poesía mexicana del siglo XIX*. Ver la sección bibliográfica para más información.

²Lo nacional, dice Mendoza-Farías, también surge como una reacción contra la recién caída institución colonial(45).

Obras Citadas

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. Verso, 1983.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Historia y política de México*. Partido Revolucionario Institucional, 1985.
- . *Obras completas*: Secretaría de Educación Pública, 1986. VI.
- . *La literatura nacional*. Editorial Porrúa, 1949. I
- Bhabha, Homi K. "Introduction: Narrating the Nation." *Nation and Narrations*. Ed. Homi K. Bhabha. Routledge, 1990, pp. 1-7.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco. "La profecía de Guatimoc, de Ignacio Rodríguez Galván, o la legitimización poética del nacionalismo criollo." *Decimonónica* vol. 4, no. 1, 2007, pp. 1-11.
- Diccionario de la Lengua Castellana*. 22ª ed. 2001. Real Academia Española. Reviewed, 8 Dec. 2007, <http://buscon.rae.es/draeI/>.
- González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana*. Editorial Porrúa, 1963.
- Hobsbawm, Eric J. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, 1991.
- Jiménez Rueda, Julio. *Historia de la literatura mexicana*. Ediciones Botas, 1957.
- Kuri Camacho, Ramón. *Tres pensadores mexicanos: cultura católica e identidad nacional*. Plaza y Valdés, 2001.
- Martínez, José Luis. *Historia general de México*. El Colegio de México, 1994. II.
- Mendoza-Fariás, Roberto. "Ignacio Rodríguez Galván y la formación de la identidad nacional mexicana." *Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios* vol. 3, no. 1, 2005, pp. 43-52.
- Monsiváis, Carlos. "¿Existe una cultura iberoamericana?" *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* vol. 18, no. 3, 1994, pp. 379-92.
- Montero Sánchez, Susana A. *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*. México: Plaza y Valdés Editores, 2002.
- Oseguera de Chávez, Lydia. *Historia de la literatura mexicana, siglo XIX*. Editorial Alhambra Mexicana, 1990.
- Pacheco, José Emilio. *La poesía mexicana del siglo XIX: antología*. Empresas Editoriales, 1965
- Rivera-Rodas, Óscar. *La poesía hispanoamericana del siglo XIX*. Editorial Alhambra, 1988.
- Schneider, Luis Mario. *Ruptura y continuidad*. Fondo de Cultura Económica, 1975.